

## El Holocausto tratado de otra manera

# Una obra literaria que reconcilia con la literatura

Por Mario Wainstein



Adolfo García Ortega  
El comprador de aniversarios

veces. Su personaje es un niño que estuvo en la enfermería de Auschwitz y la noticia de él llega a través de un libro de Primo Levi (La Tregua), que le dedica unas pocas páginas.

Hurbinek, tal el nombre del niño, es casi anónimo. Tan solo conocemos los escuetos datos que nos da Primo Levi en el segundo libro que dedica a recoger su experiencia en los campos de concentración y exterminio nazis, reconoce el autor (Pág.16).

Hurbinek, entonces, hace el camino de la realidad al libro de Levi, y de allí lo recoge García a través de su alter ego en la ficción, el hombre que iba a Auschwitz

(pero ya no, para decirlo en las palabras de uno de los compases rítmicos de la novela, que le brindan unidad) y que quería rescatar a ese niño, en realidad carente de nombre, de identidad, de futuro y de vida, de su destino de muerte.

Lo hace, nuevamente, por medio de la ficción. Lo rescata de su muerte y le asigna una cantidad de posibles vidas, de probables nombres de padres adoptivos, de factibles y plausibles éxitos profesionales de lo más variados, contagiando al lector con la obsesión de encontrarlo, de verlo en todos lados: casi cualquier tullido que camina con ayuda de muletas, o a

veces sólo cojea como si hubiese superado la dolencia, puede o podría ser él y sólo es necesario imaginar cómo llegó hasta ese lugar y profesión una vez salvado por las tropas del Ejército Rojo que liberó Auschwitz.

Con similar obsesión, igualmente contagiosa, va observando a todos los alemanes que lo rodean, si son de avanzada edad a ellos mismos, y si son más jóvenes imaginando a sus padres y sabiendo, además, que ahora son seguramente progresistas y ecologistas pacifistas.

El mundo deja dos opciones y sólo dos: o eres nazi o eres judío, y García opta por la segunda. Todos los nazis son Dr. Mengele, todos los judíos son Hurbinek.

Lo digo con un simplismo absurdo que no está en el libro, pero creo que es correcto hacerlo en lo que se refiere a la parte ética y moral, no a la complejidad histórica ni a la psicológica. Hurbinek es todos los niños, todo el más de

un millón de niños judíos matados por los nazis sin dejar señales. Los infinitos posibles futuros que le deparaba la vida en el caso de sobrevivir a sus asesinatos, son los infinitos posibles futuros de todos los otros que, como Hurbinek, no sobrevivieron.

García Ortega es su segundo progenitor, el que le brinda la posibilidad que en la vida real no tuvo, de crecer, de llegar a ser adulto.

Es un escritor responsable, en el más noble sentido del término. La literatura le sirve, en el caso de esta novela, para asumir la responsabilidad por el mundo, para enmendarlo, para hacer lo que los jasidistas consideraron siempre lo más sublime y lo más sagrado: la reparación.

Amos Oz dijo que cuando estalla un incendio hay tres clases de personas: los que huyen de inmediato y no les importa lo que sucede tras ellos, los que enseguida buscan al culpable, y los que emplean lo que tienen a mano, aunque sea una humilde cucharita, para arrojar agua sobre las llamas. Agrega que si de él dependiese, crearía la Orden de los Caballeros de la Cucharita.

En esa Orden, habría que hacer entrega de la Cucharita de Oro a García Ortega, por el compromiso, por la vivencia de la reparación que nos permite compartir, por su exquisita sensibilidad y por recordarnos qué y quiénes somos y jamás debemos dejar de ser: los enemigos del mal, los antinazis por antonomasia, los portadores del mensaje y la esperanza.

## El autor hablará de su libro en el Instituto Cervantes

# El niño de la novela es la metáfora de la ingenuidad

Dado que el excelente libro de Adolfo García Ortega no está a disposición del lector en Israel, salvo que espere pacientemente su turno en la biblioteca del Instituto Cervantes, el público tendrá por lo menos ocasión de escuchar al autor en una presentación de dicho libro hoy, jueves 5 de mayo a las 19 hs., en el Instituto Cervantes de Tel Aviv, calle Shulamit 7.

Los que tampoco puedan llegar a eso, deberán conformarse con apenas una apretada síntesis de algunas de las respuestas que brindó en un ajustado reportaje apenas llegó a Israel.

**P: Cada novela tiene un elemento autobiográfico. ¿Dónde está el suyo en ésta?**

R: Esa curioso que me haga esa pregunta porque hay un elemento muy personal en ese libro. Tengo que retrotraerme a mi infancia, cuando con trece años, sin tener nada que ver con ningún ámbito judío, dije en el colegio que era judío. Lo dije, primero, por una necesidad de diferencia; y segundo, puede que haya sido por fascinación. Porque yo leía mucho y veía que todo lo que pasaba en la ciencia, en la historia, en todos lados, estaba vinculado con judíos, y entonces quizás la manera de que me pase algo sería siendo judío. Cuando conté que era judío, hubo alguna gente que lo vio como natural.

Pasaron los años y siempre tuve un interés afectivo por todo lo que tenía que ver con el Holocausto, los documentales que se veían por la televisión y muchas cosas. Esa parte del libro en el cual el personaje relata cómo le habían impresionado las imágenes del Holocausto cuando era pequeño, es absolutamente autobiográfica. Como niño me sentía muy solo con esas impresiones, porque todos los niños quedaban más impactados con las escenas de guerra que con las vejaciones a judíos o la liberación de un campo de concentración.

**P: ¿Tiene usted veneración por Primo Levi?**

R: Un atractivo, un gran interés más que veneración.

Lo leí ya de más grande, a los 25-30 años. Quizás sería más preciso decir que me fascinó. Primero lo vi como escritor de testimonio y después como gran escritor. Esa frase que dice sobre el niño: lo único que habrá de quedar de él es lo que estoy escribiendo yo ahora, esa frase incluida dentro de esas escasas cuatro páginas sobre el niño, me impactó mucho y me quedó la idea de que tenía

que hacer algo. Hasta que un día se me ocurrió de golpe toda la posible trama de la novela.

Siempre busco hacer una novela distinta de la que encuentro en librerías. Al principio quería contar la vida de este niño si hubiera vivido, pero después me di cuenta que este niño era muchos niños y la novela se pasó a llamar "El árbol", porque eso era, con diversas ramas y posibilidades.

Pero no alcanzaba con el futuro y había que darle a ese niño un pasado, padres, padres que se amaban porque ese niño debía ser hijo del amor.

Y entonces fabulé esa historia de amor previa. Y después, por supuesto, me tuve que meter a saco en el Holocausto, en Auschwitz y en todo ese horror, viajando, y documentándome.

**P: ¿En esa especie de enciclopedia de las maldades que hacen los nazis con los niños hay mucho inventado?**

R: Precisamente es donde menos fabulado hay. Mi mujer me decía que ese capítulo era demasiado fuerte y me pidió que lo suprimiera, pero finalmente lo dejé porque es verdad.

**P: Cada lector puede encontrar en esta novela su propia alegoría, porque como todo buen libro, soporta diversas lecturas. ¿Cuál es la suya, como lector?**

R: La búsqueda final que hay en esta novela es la restitución de la memoria de este niño. Me siento un poco como responsable de esa vida.

Ese niño a su vez es la metáfora del más de un millón de niños judíos, la metáfora de la ingenuidad.



García: la literatura como compromiso

**A**dolfo García Ortega, *El comprador de aniversarios*. Ollo y Ramos, Barcelona 2002, 237 páginas.

Sucede muy de vez en cuando, que uno se encuentra con un libro de ficción que le proporciona más que, en el mejor de los casos, un deleite casi sensual, un goce estético, o le deja una reflexión enriquecedora. Todo lo mencionado es mucho y es gratificante, y uno se da por satisfecho cuando lo obtiene.

Pero a veces, una vez cada varios años, uno se encuentra con una obra, por lo general es una novela, que lo reconcilia con toda la literatura, que le muestra y le demuestra que se puede un poco más, que el género va más allá de lo que creía hasta ahora. Me temo que éste es uno de esos libros.

Probablemente no sea casualidad que uno de los libros más fecundos e interesantes sobre el Holocausto judío, haya sido escrito precisamente por un no judío y, en cierta medida, por un no europeo porque España, en lo que se refiere a este tema, estuvo al margen de todo, ni a favor ni en contra, ni ayudó a salvar ni colaboró con los asesinos y tampoco tuvo (casi) judíos en su población.

García, nacido en Valladolid en 1958, es desde todo punto de vista -religioso, nacional, geográfico y cronológico- absolutamente ajeno al crimen perpetrado durante la Segunda Guerra Mundial. Quizás por eso puede escribir esta ficción, liberado de prejuicios, suficientemente irreverente para poder emplear al Holocausto como *arti facto*, es decir, como elemento de su arte literario y no sólo sin degradar sino ennobleciendo.

Sería tedioso decir que el libro entretiene ficción y realidad, porque eso lo hacen muchos y es una técnica que a veces puede hasta cansar. La verdad es que García cree de verdad que la realidad es ficticia y que la ficción es real. Escribe con maestría, con excelencia de verdad, no porque sepa emplear el adverbio correcto en el lugar preciso, sino porque su escritura es genuina y responde a una filosofía general y de la literatura en particular, a la que jamás traiciona.

Para su novela podría haber seleccionado a cualquier niño, incluso a alguno bien documentado y que mejor para mezclar bien la realidad y la ficción. Pero García ha preferido hacer todo el camino de ida y vuelta varias